

etapa inmediata anterior. A pesar de la impresión inicial que se deduce de las consignaciones en los presupuestos, un examen detenido de los mismos entre 1930 y 1933, demuestra que gran parte de las cantidades consignadas en este apartado, fueron destinadas al pago de obligaciones previas a abril de 1931. De esta forma, el objetivo de llegar al equilibrio entre gastos e ingresos, condujo a una drástica congelación en inversiones ferroviarias acompañada de un sensible descenso en nuevas inversiones en otros servicios económicos, de forma que la capacidad anticíclica de la política de gasto público quedó esterilizada por el deseo de mostrar las radicales diferencias que, también en la gestión de las finanzas públicas, separaban al régimen democrático del anterior. Porque durante los años en que gobernó la conjunción republicano socialista, no sólo se gastó mucho menos en ferrocarriles, sino que también se gastó menos en actividades económicas como caminos vecinales que podían haber contribuido a aliviar la tensión social que dominó la etapa en que estuvo al frente del poder ejecutivo.

Lo señalado hasta aquí invita a explicar lo sucedido en el terreno económico entre 1931 y 1933 desde una doble perspectiva. Por un lado, aquella en la cual la virulencia de los problemas que se explicitaron desde el mismo momento en que se proclamó una democracia parlamentaria en España se vincule a las tensiones, las actitudes, la patrimonialización del sector público y los estrangulamientos generados por la específica trayectoria seguida por la economía y la sociedad española durante una dilatada etapa previa. Pero por otro, las decisiones, de unos y de otros, durante el breve lapso de tiempo que se analiza en este artículo, en un marco europeo de crisis política y económica evidentes, no fueron irrelevantes para deteriorar con rapidez la situación de la economía y, más en general, el proyecto político mayoritariamente apoyado el 14 de abril de 1931. Su orden de prelación en una interpretación de lo ocurrido no es fácil de establecer y quizá sea incluso innecesaria. Con todo, parece más lógico suponer que la causalidad fuera de la primera a la segunda que la inversa: el pasado pesaba demasiado.

¿Feudo de la UGT o capital confederal? La última huelga de la construcción en el Madrid de la República

Santos Juliá

Universidad Nacional de Educación a Distancia. Madrid

Cuando, en el VI Congreso de la Federación Nacional de la Edificación, reunido en Madrid desde el 20 de junio de 1936, "el compañero Egido" hizo uso de la palabra en la sesión del día 24 fue, sobre todo, para lamentar el abandono en que la ejecutiva de la Federación había tenido a la organización madrileña después de la revolución de Octubre. Se quejaba Egido de que nadie había informado a la Federación Local de los planes insurreccionales y de que nadie se hubiera ocupado luego de devolverla a la vida y la actividad. Pero lo que quizá pretendía con este reproche era defenderse mejor de las recriminaciones de que la organización madrileña había sido objeto por su actitud en la preparación y desarrollo de la huelga de la construcción de Madrid que cumplía en ese momento los 24 días de duración. A quienes acusaban a los madrileños de ir a remolque de los sindicalistas, Egido contestaba que era «preferible ponerse a la cabeza... que no ir a la cola arrastrados». Aunque fuera «en contra de su voluntad» los ugetistas de la construcción madrileños habían «preferido ser ellos quienes orienten esos movimientos»¹.

De lo que Egido hablaba entonces era de la huelga general de la construcción declarada en Madrid conjuntamente por el Sindicato Unico de la Cons-

¹ "Acta de la sesión celebrada por el Congreso de la Federación Nacional de la Edificación el día 24 de junio de 1936", Archivo Histórico Nacional. Salamanca. Fondo Madrid, carpeta 2174 (en adelante AHNS-M y número de carpeta).

rucción, de la CNT, y la Federación Local de Obreros de la Edificación, de la UGT. No ir a la cola: tal había sido la preocupación de los dirigentes de la Federación cuando percibieron que las más nutridas de sus sociedades obreras federadas -albañiles y peones- habían tomado en sus respectivas juntas generales el insólito acuerdo de elaborar en colaboración con los del Unico las bases de trabajo que presentarían a la patronal de la construcción². Ni albañiles ni peones -9.711 y 7.238, respectivamente, federados en febrero de un total de 27.463- habían consultado a la ejecutiva su decisión y, por tanto, la habían situado en «una posición muy difícil de variar» pues el Sindicato cumpliría los acuerdos de la Asamblea prescindiendo incluso de cualquier colaboración de la Federación³.

Todo, en la preparación de esa huelga, había contravenido las normas tradicionalmente vigentes entre los obreros socialistas. No era la primera vez, desde luego, pues en el mismo Madrid, en el último trimestre de 1933 y en el primero de 1934 ya se había experimentado la nueva táctica de ir a la huelga general de todos los oficios con los obreros de la construcción sindicalistas. Pero en este caso se había franqueado un paso más en esta marcha contra la tradición: la decisión de formar lo que se podría llamar un frente único sindical había salido de abajo, de las propias sociedades federales, que no habían consultado su iniciativa a la ejecutiva de la Federación, requisito imprescindible para ir a la huelga con garantías de solidaridad por parte del resto de los oficios y, si llegara el caso, de todas las industrias. Con la carta que la Sociedad de Albañiles "El Trabajo" había enviado al Unico invitándole a una reunión el día 1 de abril para «confeccionar por ambas centrales el contrato de trabajo»⁴ se violaba una de las normas que constituían parte del orgullo de los ugetistas madrileños, el de ser ellos, y sólo ellos, los conductores de la clase obrera de Madrid en sus luchas con la patronal.

Las nuevas bases de trabajo, que afectaban a albañiles y peones pero también al resto de los oficios, se elaborarían, pues, en reuniones con los del Unico: era una forma de reconocer que, al menos en Madrid, la UGT no estaba sola, ni sola podía ir ya a parte alguna. Para el Unico, presentar «y si es preciso imponer» esas bases significaba «la consagración definitiva del sindicato a la categoría de organización potente, responsable y capaz». Era la «recompensa a

2 Carta de la Comisión ejecutiva de la Federación Local de Edificación a la Federación Nacional de 25 de mayo de 1936, AHNS-M 1614.

3 Para número de federados, Federación Local de la Edificación de Madrid y sus Limitrofes, Prorrateo de los gastos ocasionados con motivo de la huelga de 1936, AHNS-M 1914.

4 La carta de la sociedad de albañiles "El Trabajo" y la respuesta del SUC, en *Construcción*, 11.4.1936.

nuestros desvelos», la prueba palmaria de que Madrid había dejado de ser, como lamentaban en los primeros años de República, el feudo de la UGT⁵.

El entusiasmo por la nueva posición conquistada fue incontenible el día en que las bases estuvieron listas para su presentación. En su carta, los albañiles de "El Trabajo" habían invitado a los del Unico a presentar las bases, una vez elaboradas, «a la patronal por medio del jurado mixto». La presentación fue sin embargo bien distinta: el SUC había contestado que no admitiría «en manera alguna [la] ingerencia de elementos extraños» y mantuvo su palabra. Las bases se aprobarían en una asamblea conjunta de la FLE y del SUC, en el cinema Europa y se presentarían, también a la manera sindicalista, en el transcurso de lo que entonces se llamaba una asamblea magna convocada en el lugar de mayor aforo posible, la Plaza de Toros, algo desusado en la tradicional práctica de la UGT. En la Plaza, hablarían a los congregados tres dirigentes de la Federación Local y otros tres del Unico. Todavía resuena en los recuerdos de Cipriano Mera la satisfacción que le embargaba el día en que «en calidad de presidente del Sindicato de la Construcción de la CNT presidí en la nueva plaza de Toros de Madrid la magna asamblea CNT-UGT, la cual, con la asistencia de sesenta mil adherentes y la participación de los ugetistas Edmundo Domínguez y Polo, y de los cenetistas David Antona, Teodoro Mora y Julián Fernández, declaró la huelga»⁶.

Allí, en la plaza de toros y de forma solemne, y aunque los comunistas quisieran templar algo unos ánimos que les parecían demasiado exaltados y moderar unas reivindicaciones que les parecían claramente exageradas, los congregados, dirigentes, afiliados y simpatizantes de la Federación Local y del Sindicato Unico, se comprometieron a no ceder en sus bases de trabajo: 36 horas de jornada semanal; sustancial aumento de salarios; reducción notable de diferencias entre las distintas categorías de la industria, con jornales de 2.70 ptas. por hora para el oficial, 2.50 para el ayudante y 2.35 para el peón; tres semanas de vacaciones; nombramiento de delegados de la UGT y CNT en todas las obras, que estarían en contacto con los patronos para todo lo relativo a despidos, suspensiones y demás incidentes; abono de jornales cuando por inclemencias del tiempo no se pudiera trabajar en las obras⁷. Y sobre todo: nada de mixtos ni gobierno que intentara hacer de mediador. La huelga se convocaba a la manera sindicalista y se llevaría a término sin apartarse de lo que los

5 "Por las nuevas bases", *Construcción*, 30.50.1936.

6 Cipriano Mera, *Guerra, exilio y cárcel de un anarcosindicalista*. Paris, Ruedo Ibérico, 1976, p. 15.

7 Comisión Ejecutiva de la Federación Local de la Edificación, Circular nº 15, 30 abril 1936. AHNS-M 1614.

sindicalistas entendían sustancia de la lucha obrera: verse las caras directamente con la patronal. Estamos, escribía un editorial de su periódico, en los «prolegómenos de una de las luchas más formidables que hemos de librar contra la burguesía»⁸.

Pero todavía habrían de manifestar los ugetistas de manera más expresa la pérdida de su anterior hegemonía al aceptar otras dos nuevas iniciativas del Unico. Primera, la dirección del movimiento recaería en un comité de huelga unitario, formado por tres dirigentes de la Federación y otros tres del Sindicato. Nadie más que ese comité estaría capacitado para emitir instrucciones, dar órdenes, entablar negociaciones. Las siglas UGT-CNT comenzaron a aparecer juntas en los comunicados y llamamientos dirigidos "A todos los obreros de la Construcción" y si las primeras de estas hojas sólo llevaban el sello de la Federación Local era porque los locales del Unico estaban cerrados y no tenían acceso a los sellos. Pero nadie debía confundirse: la clase obrera madrileña estaba unida y así se hacía constar desde el primero de los llamamientos que el mismo día 1 de junio ambas organizaciones dirigieron a todos los obreros de la Construcción⁹.

Y segunda concesión, y principal: en las conversaciones preliminares, en la plaza de toros y en las circulares dirigidas "a todos los obreros de la construcción" se repetía una y otra vez que los trabajadores irían a ver a los patronos en cualquier parte, «salvo en el Jurado Mixto, puesto que en este organismo no creíamos que pudiera resolverse un problema de esta envergadura»¹⁰. La más preciada conquista de la UGT, el que fuera organismo básico de la Organización Corporativa Nacional en tiempos de Primo de Rivera, el instrumento más mimado por la legislación laboral emanada del ministerio de Trabajo cuando Largo Caballero era su titular, se veía relegado y despreciado por unos ugetistas que marchaban a la huelga del brazo de los sindicalistas y que pretendían, como éstos, verse también con los patronos cara a cara, sin ningún tipo de intermediarios.

Era lógico, pues, que Egido reconociera ante los delegados al VI Congreso de la Federación Nacional que algunas veces Madrid, aun si permanecía fiel a la táctica de la Unión General, se veía «obligada a hacerse eco de movimientos que no son consecuentes con nuestra táctica». Pero situados ante un

8 "El contrato de trabajo", *Construcción* 11 de abril 1936. A esta huelga dediqué varias páginas, sin conocer todavía los fondos del Archivo de Salamanca, en *La izquierda del PSOE, 1935-1936*. Madrid, Siglo XXI, 1977, pp. 256-264. De las huelgas de 1933 y 1934 hay un relato en *Madrid, 1931-1934. De la fiesta popular a la lucha de clases*. Madrid, Siglo XXI, pp. 242-257 y 350-365.

9 Una buena colección de estas circulares, en AHNS-M 1558.

10 Así se dice en "UGT CNT. A todos los trabajadores de la construcción", 1 junio 1936, AHNS-M 1558.

movimiento iniciado sin consultas previas ¿qué hacer, ir a la cola o ponerse en cabeza? La Federación Local, aun en contra de su voluntad, había preferido situarse a la cabeza.

¿A la cabeza? Quizá esa era la ilusión que habían abrigado los ugetistas cuando decidieron ir con los sindicalistas a la huelga general. Pero ni la decisión de sus secciones, ni la confección de las bases, ni siquiera su contenido con esa reivindicación de las 36 horas antes de conseguir las 40, ni en fin la negativa a usar del gobierno o de sus órganos como mediadores ante la patronal, indicaban que, aun si habían formado con el Sindicato un comité de huelga unitario, fueran ellos quienes orientaban el movimiento. El movimiento era sindicalista y mostraba en su gestación y desarrollo que los sindicalistas se habían situado a la cabeza de los obreros de la construcción madrileños. Algo que Pablo Iglesias, si viviera, no se habría podido creer.

Porque, en efecto, los sindicalistas eran bien poca cosa en Madrid en los tiempos del fundador de la UGT. Y lo siguieron siendo años después. Al echar a andar la República, no debían de llegar, en este ramo de la construcción, ni siquiera a los dos mil: mil afiliados, tirando por alto, al sindicato de albañiles y 900 al de carpinteros de hormigón armado. Pero esos números -1.000 y 900-, que son los obreros representados en el Congreso Extraordinario de la CNT de junio de 1931, llevan demasiados ceros como para ser creíbles. Puestos a representar a la clase obrera, los dirigentes madrileños no tuvieron empacho alguno en redondear las cifras. Y se sabe bien que cuando se redondea siempre se tira hacia arriba¹¹.

En todo caso, los mil albañiles sindicalistas de 1931 se habían multiplicado en los años siguientes hasta constituir, en 1936, el más fuerte de los sindicatos de la CNT de la capital: el Sindicato Unico de la Construcción, que rompía la tradicional relación de los distintos oficios dentro de la misma clase para poner en su lugar un solo sindicato de trabajadores de la construcción. 16.919 eran los afiliados a ese sindicato representados en el Segundo Congreso Extraordinario de la CNT celebrado en Zaragoza en los primeros días de mayo de 1936, cuando se gestaba la huelga madrileña de la construcción¹². 16.919, un número en el que habían desaparecido todos los ceros y que indica una nueva mentalidad de registro de altas y bajas; un número, sobre todo, que expresaba su penetración en medios hasta entonces hostiles o indiferentes al

11 CNT, *Memoria del Congreso Extraordinario*, Madrid, 11-16 junio 1931, p. 239.

12 *Solidaridad Obrera*, 6 junio 1936.

sindicalismo y que les permitía editar en la capital, desde el 28 de marzo de 1936, el semanario *Construcción*, «órgano del Sindicato Unico del Ramo»¹³.

Si se creen las cifras de afiliados que la CNT publica como representados en su Congreso de 1936 y se comparan con las de 1931 podría decirse que, en sólo esos cinco años, el sindicalismo había realizado espectaculares progresos en Madrid. El avance es evidente sobre todo en el sector de la construcción, donde las cifras se multiplicaron casi por 20, pero también en otras industrias en las que hasta 1930 la presencia cenetista había sido menor. Los metalúrgicos, por ejemplo, pasaron de 500 a 2.400; los de la madera, que eran también 500 en 1931, se habían multiplicado por tres en 1936. Avances menores se habían producido en oficios en los que de siempre había existido una presencia sindicalista: entre los gastronómicos, los barberos con sus peluquerías colectivistas, los camareros cuando lucharon por la dignificación del oficio con la supresión de las propinas. Precisamente, en este último oficio se acababa de producir en Madrid, cuando los de la construcción anunciaban la suya, una huelga general que terminó en duros enfrentamientos con los de la correspondiente sociedad obrera de la UGT. En total, los 6.057 afiliados al sindicalismo libertario de 1931 se habían convertido, cinco años después, en 32.112.

¿Cómo explicar este crecimiento? Evidentemente, por lo ocurrido en el sector de la construcción: de los 26.000 nuevos afiliados al sindicalismo, nada menos que 16.000 vienen de esa masa laboral que constituye en Madrid desde mediados del siglo anterior la mayor parte del censo de población activa -si se exceptúa al servicio doméstico que es el sector que más gente emplea en Madrid hasta la guerra civil-: los jornaleros, los trabajadores de la construcción. Habían llegado a Madrid en cantidades masivas durante la anterior década, rompiendo así el ya débil equilibrio en los distintos oficios de la industria. Estos nuevos trabajadores no conocían, si se cree a sus mayores, el oficio: sencillamente, fueron contratados para trabajos sin cualificación en la expansión constructora de la Dictadura, cuando llegó a su punto más alto el número de licencias expedidas por el Ayuntamiento. Luego, con el fulminante y drástico descenso de la edificación que produjo la crisis económica, pasaron a trabajar en las obras públicas emprendidas por el Ministerio para absorber el paro y dar, de paso, mayo lustre a la capital orientando su crecimiento por el eje de la Castellana, tal como se venía proponiendo desde principios de siglo y como se decidió por vez primera de forma clara con la República al iniciarse los trabajos del ferrocarril subterráneo y emprenderse las obras de acondicio-

¹³ Hay una colección de este semanario en la Hemeroteca Municipal de Madrid.

namiento y remodelación de los terrenos del antiguo hipódromo¹⁴. Los obreros abandonaron las pequeñas cuadrillas al mando de un oficial o de un maestro y comenzaron a engrosar la masa de peonaje a las órdenes de capataces directamente relacionados con ingenieros, empleados a su vez por sociedades anónimas. El obrero abstracto frente al empleador abstracto sucedió en La Castellana y en muy pocos años al obrero de la cuadrilla que trataba personalmente con su patrono.

La Castellana, como eje del nuevo Madrid, se convirtió así, frente a una estrecha y pueblerina Puerta del Sol, en nueva representación simbólica de la capital de la República y, a la vez, en espacio propicio para el crecimiento del nuevo sindicalismo libertario. No que únicamente allí sea donde progresan: siempre que se trate de obras de gran envergadura, con empleo de más de 500 y hasta de más de mil trabajadores, como ocurre en las obras de la Ciudad Universitaria y del Hospital Clínico, los sindicalistas afirmarían de inmediato su presencia con llamadas a la movilización y convocatorias de huelga. La Castellana, la Ciudad Universitaria, serán los espacios propicios para esa movilización: grandes avenidas abiertas, grandes obras públicas, trabajos de desmonte, contratación intermitente, lugar de confluencia de parados. Al principio, en los primeros años de República, tales llamadas tropiezan con la resistencia bien organizada de las tradicionales sociedades de oficio federadas en la Federación Local. A medida, sin embargo, que la crisis acentúa sus efectos y el paro aumenta, habrá más obreros dispuestos a secundar las llamadas del Unico: no tienen nada que perder, pues muchos de ellos ya han perdido lo único que tenían, el trabajo.

Es sumamente significativo que el más aireado de los motivos para declarar la huelga general el día 1 de junio de 1936 sea precisamente el reparto de trabajo, como lo es el tipo de cuentas que se hacen los sindicalistas: mil obreros trabajan hoy 44.000 horas -escribe uno de ellos-; mañana trabajarán 36.000. Hay por tanto una diferencia de 8.000 que, para cumplirse, harán necesarios 222 obreros más. El trabajo a realizar, como se ve, es una cantidad fija, constante, intercambiable; es sólo una magnitud, no una especialidad. El trabajo, el mismo trabajo, que mil obreros realizan a la semana con una jornada de 44 horas lo harán en adelante 1.222 obreros porque la jornada quedará reducida a 36 horas¹⁵.

¹⁴ La propuesta de una Gran Vía Norte-Sur para Madrid fue realizada en 1901 por José Grases y Riera y constituye el núcleo del *Anteproyecto del trazado viario y urbanización de Madrid* presentado por Zuazo y Jansen al concurso internacional de 1929; Fernando de Terán, *Planeamiento urbano en la España contemporánea (1900-1980)*, Madrid, Alianza, 1982.

¹⁵ Juan Ortega, "De poder a poder", *Construcción*, 30 mayo 1936.

Pero la circunstancia de escasez de trabajo y la consiguiente reivindicación de su reparto eran las que tradicionalmente había presentado la UGT como menos propicias para declarar huelgas. Si la huelga era el arma de la lucha económica, entonces debía usarse únicamente cuando las condiciones para obtener mejoras económicas fueran favorables: abundancia de trabajo, buena organización, capacidad de resistencia. A partir de 1932 y 1933, lo que abundaba no era el trabajo sino el paro y, por tanto, la capacidad de resistencia de las organizaciones obreras estaba en su punto más bajo, puesto que los obreros en paro difícilmente podían satisfacer sus cuotas de asociados.

Esas mismas condiciones eran, sin embargo, las óptimas para emprender la tradicional lucha sindicalista, en la que huelga no era sólo un medio extremo para alcanzar mejoras económicas sino la forma más alta de lucha directa contra la patronal. «Venceremos, señores de la patronal» escribe el comité del Sindicato Unico cuando ya van veinte días de huelga y la otra parte comienza a flaquear. Y vencerán «por la Acción directa íntegra», no por mediación del Estado «organización defensiva del capitalismo»¹⁶. Una huelga ganada por medio de la acción directa no era una victoria sólo porque los obreros hubieran obtenido mejoras sino porque se demostraba la fuerza de la clase obrera, se tensaban los ánimos, se adelantaba la revolución y, sobre todo, se infligía una derrota a la patronal. Clase obrera, tal como aparecía ahora físicamente en su fuerza numérica en las obras de la Castellana o de la Universitaria, frente a la patronal: la derrota de los patronos era, en sí misma, motivo suficiente para mantener la huelga, pues el terreno de esa derrota era la calle y en la calle lo que abundaban eran trabajadores de la construcción.

De ahí que la huelga de la construcción de Madrid se convirtiera en la prueba de fuego del nuevo poderío conquistado por el sindicato en la capital: «el proletariado de toda la península tiene los ojos fijos en lo que el proletariado de Madrid sea capaz de conquistar», se escribía al presentar las nuevas bases¹⁷. Con ese convencimiento fueron a la huelga los sindicalistas: el proletariado de la península les miraba para saber si en efecto vencían a la patronal en un combate directo.

Ese cúmulo de circunstancias explica la conducta seguida por los dirigentes del SUC en el desarrollo de la huelga: había que vencer a la patronal y demostrar, al mismo tiempo, que el sindicalismo era una «organización potente, responsable y capaz», la organización que conduciría al proletariado a la victoria. Por eso, mientras la Federación Local aceptara plantear la lucha en

los mismos términos que los sindicalistas, bienvenida sería a las asambleas magnas, a los comités unitarios, a la firma de llamamientos comunes, a las negociaciones con la patronal. Con todo eso se demostraba que el SUC era tan poderoso que hasta sus tradicionales adversarios tenían que adoptar sus tácticas. Pero desde el instante en que la Federación comenzara a vacilar y aceptar el terreno que pretendía marcar el gobierno, los sindicalistas no dudarían en reanudar sus viejos ataques a la UGT, tachándoles de dirigentes de baños dormidos, de traidores a la palabra dada, y seguir luego su propio camino, seguros de ser seguidos por la mayoría del proletariado madrileño. La huelga era una lucha contra la patronal pero también una demostración de quién tenía ahora la fuerza obrera en Madrid.

Los caminos comenzaron, efectivamente, a bifurcarse cuando, transcurridas ya casi tres semanas de huelga, la Federación Local aceptó la propuesta del gobierno de crear un Jurado mixto circunstancial para discutir las nuevas bases. En el acto de la plaza de toros había quedado claro que los obreros se verían con los patronos donde y cuando quisieran, pero nunca en el jurado mixto. Y ahora los «elementos socialistas», responsables del «suicida viraje que se pretende dar a la huelga», reniegan del espíritu de octubre y no cumplen sus pactos y compromisos¹⁸. Los sindicalistas contemplaron con auténtica decepción la convocatoria por la Federación Local de un referéndum entre sus asociados para decidir si acudían o no al jurado mixto que había propuesto el ministerio de Trabajo y al que les instaba el ministro de la Gobernación. En su convocatoria, la Federación Local -que vuelve a dirigirse ahora por su cuenta a sus propios afiliados- admite que al discutir en el comité de huelga la respuesta que habría de darse al gobierno surgieron discrepancias y que se decidió aplazar la resolución. «Mas como las cosas apremian», decía, «hemos creído que teníamos que plantear a los trabajadores en huelga la necesidad de asistir o no al jurado mixto». La Federación aclara que ir al referéndum no significa poner fin a la huelga, sino únicamente aceptar el jurado mixto como terreno de la discusión de las bases¹⁹.

La propuesta del gobierno y la convocatoria de la Federación fue juzgada inmediatamente por los sindicalistas como una maniobra para dividir a la clase obrera. Hasta ese momento, todos los obreros de la construcción habían seguido unánimes la huelga en la convicción de que se trataba de una especie de batalla final contra la patronal y la burguesía al margen del Estado. No ha-

16 Comité del Sindicato Unico de la Construcción, "Nuestras bases son justas", *Construcción*, 20 junio 1936.

17 "Por las nuevas bases", *Construcción*, 30 mayo 1936.

18 Ver: "Los grupos de defensa del SUC a los trabajadores...", "CNT. Trabajadores de la Construcción. Alerta" y "CNT-AIT, Sindicato Unico de la Construcción, 21 junio 1936", todos en AHNS-M 1558.

19 Federación Local de Edificación, "A todos los compañeros federados", AHNS-M 1558.

bía motivo alguno para romper ese frente único introduciendo un motivo de discordia en el conjunto de los huelguistas. La Federación, por su parte, juzgaba las cosas de otra manera y creía llegado el momento de alcanzar un acuerdo con la patronal. Su propuesta de referéndum era, en realidad, una invitación a acudir al jurado mixto circunstancial, pues estaba convencida de que la mayoría de los obreros afiliados era partidaria de volver a los métodos tradicionales.

Y así fue, en efecto, pues de los cerca de 19.000 trabajadores que acudieron el día 21 de junio, a las tres semanas justas del comienzo de la huelga, a depositar la papeleta, 18.337 -de los que 17.164 de la capital y 1.173 de la provincia- lo hicieron a favor de acudir al jurado mixto y sólo 553 se manifestaron en contra. A la vista del resultado, *El Sol* aseguraba que «el obrero madrileño, en su inmensa mayoría sigue siendo el que era» y que sólo «habían cambiado sus líderes, o mejor dicho, un grupo de ellos»²⁰. Pero esta afirmación podía tomar lo que tal vez no era más que un deseo por la realidad, pues el problema, para la Federación y para la futura fuerza de cualquier resolución que pudiera adoptarse en el marco del jurado mixto, era que esos 18.000 obreros no representaban, si acaso, más que una cuarta parte de la totalidad de trabajadores en huelga, que debían de rondar los 80.000. ¿Qué haría el resto si el jurado mixto aprobaba, como era presumible, unas bases distintas de las presentadas en el cine Europa y en la plaza de toros?

Pues mucho de lo que haría iba a depender de la actitud que tomara ese otro "grupo" de dirigentes a que se refería *El Sol*, los del Sindicato, ante la iniciativa de la FLE. Y el SUC lo que hizo fue, como su propia tradición mandaba, renovar sus esfuerzos por tratar directamente con la patronal y convocar grandes asambleas de obreros de la construcción para hacer visible la oposición de la clase obrera en su conjunto a los traidores individuales que habían acudido al referéndum y votado por el retorno al jurado mixto. A la mediación oficial o ministerial, opone el contacto directo con los patronos y al voto como libre decisión individual, opone la asamblea como manifestación de la voluntad de la clase.

Por lo que respecta a la primera iniciativa, el SUC se muestra dispuesto a mantener las formas. En una carta de 27 de junio -poco después de iniciarse las actividades del jurado mixto y cuando se habían elaborado ya las bases de un acuerdo- el SUC se dirige a los patronos como «muy señores nuestros» para hacerles saber que «el Sindicato no está dispuesto a facilitar ninguna solución que no esté encuadrada dentro de los acuerdos de la asamblea magna del

20 "La lección del referéndum", *El Sol*, 24 junio 1936.

19 de mayo». Eso, por lo que se refería al contenido del posible pacto. Y, respecto a la forma de alcanzarlo, los patronos debían estar seguros de que no se daría solución al conflicto «si no es mediante la firma por ambas partes del nuevo contrato de trabajo al margen de toda determinación oficial o ministerial». Los sindicalistas quedaban «de ustedes atentos», pero eran inflexibles: todo lo que los patronos tenían que hacer era firmar las bases de la plaza de toros en una entrevista directa con el sindicato²¹.

El segundo aspecto de su estrategia lo pondrán en práctica cuando los patronos, advertidos de la inanidad de un posible acuerdo en el jurado, desistan también de asistir a él y de firmar las nuevas bases, y coloquen al ministerio en el trance de dictar un laudo que ponga fin al conflicto. Es el momento, conocido el laudo y las sustanciales concesiones que contiene -pero con una reducción de la jornada a sólo 40 horas semanales, cuando en Sevilla se acababan de obtener las 36- de responder con la convocatoria de nuevas asambleas magnas, que se desarrollarán en el corazón del Madrid obrero, al nuevo referéndum convocado por la Federación para poner fin al conflicto y retornar al trabajo²².

Así lo hicieron una vez conocido el resultado de la votación entre los afiliados de la Federación: ahora estaba en juego no sólo la victoria sobre la patronal sino la demostración de que el Sindicato era la única fuerza capaz de alcanzar esa victoria. A los 14.940 trabajadores que -contra 4.592- habían votado por la vuelta a las obras, el Sindicato responde con una asamblea magna que tendrá lugar en el solar que fue Colegio de Maravillas, en Bravo Murillo esquina a Palencia, en Cuatro Caminos²³. Sin pedir carnet ni exigir afiliaciones, participando «sin control todos los compañeros y personas que quisieron, no practicándose votación formal de los trabajadores afectos a la CNT» -como les reprochaba la Federación²⁴- el Sindicato demostró que miles de obreros madrileños no eran ya lo que habían sido, pues a pesar de las mejoras salariales y de la reducción de jornada contenidas en el laudo, estaban dispuestos a mantener la huelga y seguir adelante.

Adelante ¿hacia dónde? «Si los elementos sindicalistas tienen interés en convertir en una huelga política la presente de la construcción, nosotros

21 Una copia de esta carta a los "Señores Patronos de la industria de la Construcción", en AHNS-M 1558.

22 Convocatoria del referéndum para el lunes, día 6, entre nueve de la mañana y seis de la tarde, en Federación Local de Obreros de la Construcción de Madrid y sus Límitrofes, "A todos los trabajadores de la Construcción", 5 julio 1936, AHNS-M 1558.

23 El "resultado terminante del referéndum", en Federación Local de la Edificación "A todos los compañeros", 7 julio 1936; la convocatoria de la asamblea, en Sindicato Unico de la Construcción, "Huelguistas de la Construcción", 6 julio 1936, ambos en AHNS-M 1558.

24 Federación Local de la Edificación, "A todos los compañeros", 7 julio 1936. AHNS-M 1558.

declaramos haber ido solo y exclusivamente a esta lucha por reivindicaciones económicas», decía la Federación "A todos los compañeros" en un manifiesto distribuido el día 15 de julio. "Huelga política" tenía, en lenguaje socialista, un contenido sensiblemente distinto al que podía tener en el sindicalista, para el que la política era sencillamente abominable. Pero si se prescindía de lo que cada cual entendía por esta palabra, es evidente que a los sindicalistas les importaban más los contenidos políticos -en el sentido de relativos al poder- de su huelga que las ventajas económicas. Contenidos políticos que, si se les obligaba, si se les empujaba, llegarían a "acciones insurgentes", pues si se les echaba «a la calle para medir nuestras fuerzas con quien sea, si no hay más salida que la incautación de las obras con todas sus consecuencias, a ella iremos»²⁵. Como siempre, los sindicalistas pensaban la huelga general como prolegómeno de una acción insurgente, manifestación suprema de la «certidumbre absoluta de que la revolución social en España está asegurada»²⁶. Y la revolución, como era bien sabido, comenzaba, tras el silencio provocado por la huelga, con la incautación de las obras.

En esa diferencia de objetivos, como en las de convocatoria y desarrollo de las huelgas, radica toda la distancia que separaba en Madrid a las organizaciones de la UGT y de la CNT. Pues esa diferencia imponía unas formas de lucha en las que el voto individual, la negociación de las bases, la aceptación mediadora del Estado, los acuerdos tomados a través de mecanismos formales, no contaban para nada. Había que resistir porque un triunfo definitivo, tal vez la misma revolución, esperaba en el horizonte inmediato. *Construcción* se había presentado a sus lectores asegurando que no había «más salvación que la fuerte unión de los explotados» y que la hora del capitalismo había pasado y «está sonando la nuestra, la hora de los parias, de los irredentos, de los hambrientos, de los descamisados; la hora de las masas oprimidas, de las muchedumbres esclavizadas; la hora de los que por espacio de miles de años han permanecido sojuzgados por todos los tiranos, inclinados ante todos los abusos, humillados y vencidos ante todas las iniquidades». En la primavera de 1936 parecía haber sonado la hora de que todos ellos se levanten «y miren desafiantes a sus verdugos y reciban en sus retinas, oscurecidas por las tenebrosidades de épocas pasadas la luz deslumbrante del sol»²⁷. Si éstas eran las cosas que se escribían, ya se puede imaginar lo que esos mismos escritores

25 CNT. "Trabajadores de la Construcción. Alerta", AHNS-M 1558.

26 "Ante el Congreso de la CNT", *Construcción*, 18 abril 1936.

27 "El Sindicato Unico de la Construcción ante el momento actual" y "Nuestra hora". *Construcción*, 28 marzo y 25 abril 1936.

dirían situados no ante las cuartillas sino ante una compacta asamblea de humillados y vencidos dispuestos a mirar el sol de frente.

El caso es que, legitimados por sus respectivos medios de lucha obrera, ambas organizaciones mantuvieron sus órdenes: de volver al trabajo, la Federación; de vigilar para que nadie entrara en las obras, el Sindicato. No sin enfrentamientos, en los que dos sindicalistas perdieron la vida, las obras permanecieron cerradas. La Federación acusaba al Sindicato de favorecer «a la clase patronal y a los fascistas» y que la situación creada por la obstinación de no volver al trabajo sirve «para que la reacción y los patronos cada día más envalentonados... hagan posible el advenimiento de un poder dictatorial». Pero eso mismo era lo que achacaban los sindicalistas a los ugetistas: aceptar el laudo equivalía a entregarse atados «de pies y manos a una patronal intransigente y fascista». Este laudo, aseguraban para justificar la orden de no volver al trabajo, «es una maniobra infame hecha por la patronal y el gobierno para dar un golpe de muerte a la gloriosa huelga de la construcción»²⁸. Tal vez no todos lo creyeron así -no lo creían desde luego los 14.500 trabajadores que habían votado por la vuelta a las obras- pero como muchos estaban dispuestos a no permitir la entrada en el trabajo, la mayoría se abstuvo. Nada estaba aún decidido cuando corrieron por Madrid las primeras noticias de la rebelión militar.

* * *

La huelga de la construcción, iniciada en Madrid el 1 de junio de 1936 y no finalizada del todo todavía cuando los militares se sublevan el 17 de julio, es en su convocatoria y desarrollo la mejor prueba de los cambios en la tradicional relación de fuerzas, y en la capital de la República, entre los dos grandes sindicatos de la clase obrera española. La UGT se suma para no ir a la cola, pero decididamente no está a la cabeza, orientando a los huelguistas. No lo está cuando se presentan las bases en una plaza de toros, ni cuando se nombra un comité de huelga y se divulgan en octavillas instrucciones firmadas conjuntamente por las dos organizaciones, o se llama a cada oficio para que forme comités que vigilen el exacto cumplimiento de la huelga y conminen a todos los patronos a cerrar sus almacenes; ni cuando la huelga se extiende a toda la provincia, y se rechaza toda mediación institucional y, sobre todo, el jurado mixto.

28 De la Federación "A todos los compañeros", 12 y 15 julio 1936; del Sindicato "Huelguistas de la Construcción", 6 julio 1936, todos en AHNS-M 1558.

Todo eso constituía, en verdad, el meollo de la táctica sindicalista, lo que las comisiones ejecutivas de la UGT y de la propia Federación Nacional re-
criminaban a la Local. Tampoco era nuevo ese reproche. Ya en 1933 y 1934 se les había afeado su conducta y acusado de ir a remolque del Sindicato. Pero ahora se trataba de decidir, de una vez por todas, quien controlaba a los trabajadores y orientaba las huelgas de Madrid. La Federación Local, que conocía bien la disposición de los obreros de ir a la huelga, no podía quedarse en la Casa del Pueblo. Era preciso salir a la calle y tratar de encauzar el movimiento.

Y esto fue lo que intentó, siguiendo primero a los sindicalistas y recurriendo después a sus armas tradicionales. Cuando habían pasado ya veinte días de huelga sin que nadie se moviera de sus posiciones, el gobierno anunció por su cuenta la creación de un jurado mixto circunstancial en el que patronos, obreros y representantes del ministerio de Trabajo debatieran las bases presentadas por los trabajadores. El solo hecho de aceptar la invitación del gobierno y enviar una delegación al jurado mixto significaba la renuncia a una de las consignas aclamadas en la plaza de toros y a la sustancia de la táctica sindicalista. Se podía ir al ministerio o a donde fuera a tratar con los patronos. Pero no, de ninguna manera, al jurado mixto.

Esa fue la actitud que adoptaron los sindicalistas. De su capacidad de mantener la huelga sin acudir al jurado ni aceptar un laudo ministerial iba a depender el veredicto sobre su pretendida hegemonía entre el proletariado madrileño. Si, en efecto, los cenetistas eran capaces de triunfar en una huelga contra el gobierno, contra la patronal y contra la Federación Local de la UGT, entonces Madrid obrero habría salido definitivamente del «letárgico sopor producido por la morfina politiquera, castradora de actividades», habría dejado de ser «feudo de la UGT», para convertirse en el Madrid confederal, soñado desde que decidieron salir a la conquista de la capital. Pero decidir si Madrid obrero se había convertido ya en una capital confederal y dejado de ser ugetista en julio de 1936 es asunto que debe quedar a la pura especulación: ni la Federación ni el Sindicato tuvieron la ocasión o la posibilidad de poner fin a su manera a la huelga general de la construcción. Otros lo harían por ellos.